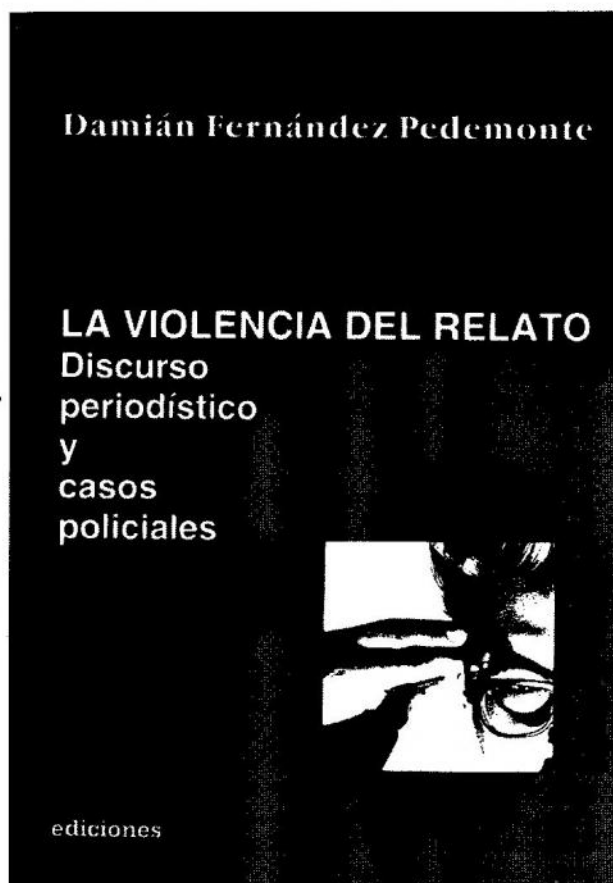


La violencia del relato

Discurso periodístico y casos policiales

Damián Fernández Pedemonte
Ediciones La Crujía, Buenos Aires, 2001

por Mercedes Calzado



“Sólo la pura violencia es muda”¹. Con esta frase de Hannah Arendt, Damián Fernández Pedemonte comienza su último trabajo titulado *La violencia del relato*. Y no es casual el inicio ya que a lo largo del libro se busca, a través de palabras, mostrar que el lenguaje tiene la capacidad de transformar un evento violento –mudo– en social. Estos relatos colectivos construyen una representación de la violencia y la inseguridad urbana de la que los medios de comunicación participan activamente.

El libro aparece en un contexto caracterizado no sólo por el incremento cuantitativo de las noticias en torno de la violencia y a la inseguridad, sino también por la reconfiguración cualitativa del modo de construcción mediática de estos conceptos. Para comprobarlo basta con recorrer las páginas policia-

les de los medios gráficos. A pesar de la novedad de este escenario, pocas son las investigaciones realizadas sobre los rasgos discursivos de la dupla violencia/discurso generada por los medios.

Damián Fernández Pedemonte es investigador y docente de la Facultad de Humanidades y de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata y autor de numerosos artículos sobre el discurso mediático –algunos de ellos relacionados con las narraciones sobre la inseguridad–. En su último trabajo asume el desafío de reflexionar sobre las características de un discurso que alimenta el miedo y, a la vez, explica y legitima prácticas represivas. El libro, publicado por La Crujía, es una aproximación a la relación entre el relato de los medios, la violencia y el discurso en torno de la inseguridad.

¹ Arendt, H. *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.

Fernández Pedemonte entiende al discurso periodístico como un lugar imprescindible para estudiar la representación que la opinión pública realiza de la concepción de inseguridad. Si bien el alcance teórico más directo se asienta en las comprobaciones sobre las rutinas de producción periodística de casos policiales, no por eso deja de internarse en un campo en el que el análisis del discurso propio de las noticias policiales aporta herramientas para pensar la expansión de la concepción de inseguridad urbana. La percepción adquirida socialmente respecto de estos temas se liga a la construcción que realizan los medios, sin que esto implique que el espectador/lector se encuentre directamente determinado por ellos. Así, el autor señala que “*el hombre construye modelos de la vida a través de distintas formas simbólicas y luego aprende de ellas*” (p. 17). Y los medios son, en esta línea, los principales operadores.

El punto de partida del trabajo es el rechazo a una teoría conductista que postula una relación causal entre medios y violencia, es decir, no se entiende al mensaje como productor de un efecto directo en el comportamiento del espectador. A la vez, el autor se deshace del objetivismo periodístico que se cree capaz de transmitir una realidad exterior, ajena a los propios intereses de la noticia. De esta manera, Fernández Pedemonte adhiere a una teoría de la comunicación que sostiene que la realidad se conoce a través del lenguaje. Según esta noción, el periodismo es un instrumento primario desde el cual la realidad es preservada, gravada y puesta a disposición de los lectores para ser reconstruida. En palabras del autor la prensa “*es el relato de la historia haciéndose; la producción narrativa del presente*” (p. 110).

Los medios tratan a la noticia policial desde un costado sensacionalista. Fernández Pedemonte no sólo acuerda con ello sino

que aclara que es una forma de cubrir las noticias policiales tanto en la prensa popular como en los diarios serios. Los relatos sensacionalistas emplean un modo que impide reflexionar acerca de las cuestiones que presenta. En este sentido, el autor indica: “*Periodismo sensacionalista es aquel que narra acontecimientos relacionados con tábués del espacio público de una manera tal que obtura intencionalmente la racionalización de esas cuestiones por parte de los públicos*” (p. 114).

Las secciones policiales plantean un estilo de espectacularización de las noticias sobre “*hechos violentos*” que impide quebrar las certezas previas sobre el tema y hurga en espacios propios del sentido común que no hacen más que estereotipar actores sociales. Al aceptar que “*las noticias más que hechos ofrecen a sus usuarios familiaridad con las experiencias compartidas por la comunidad, las informaciones vinculadas con la violencia cumplirían un papel simbólico fundamental, en la medida en que mostrarían una fisura en la sociedad, unos límites más allá de los cuales ésta no se puede aventurar, las formas que puede asumir el mal*” (p. 117).

El sensacionalismo mediático se completa, según el autor, mediante un efecto de realidad que genera certezas. Para llegar a él, el discurso periodístico despliega estrategias estándar que promueven un proceso persuasivo. Entre ellas se encuentran las señales de precisión —cifras, horas, citas de los testigos— y las argumentaciones policiales. Para demostrar que estas marcas refuerzan estereotipos sociales, la investigación retoma un estudio que manifiesta que los receptores no retienen detalles de lo que leen a diario sino que incorporan las noticias a una estructura general, abstracta y preestablecida.

Desde sus tácticas discursivas, los medios producen certezas y toman partido, dan ex-

plicaciones. Por ello, el trabajo advierte que los medios siguen una doble estrategia en el terreno de las noticias policiales. Por un lado, seleccionan acontecimientos violentos fuertes con un acentuado valor a la vez negativo y novedoso. Por otro, reducen la extrañeza del fenómeno de manera que siempre aparezca como algo exterior al propio sistema, “anómalo y fácil de condenar”. Dentro de esta doble operación, la prensa se maneja desde una cobertura de tipo buenos contra malos –en la que el diario toma partido por los primeros–. Asimismo, se despliega en una conexión de hechos que establecen la presencia de una “ola de violencia” que no es más que “un efecto de cascada que amplía y distorsiona un conjunto de acontecimientos aislados” (p. 128). Por último, los medios de comunicación vehiculizan prejuicios raciales/sociales e “ideologemas que envían a la defensa de la justicia por mano propia o la venganza” (p. 129) y establecen la necesidad de “endurecer las penas contra los delincuentes incluyendo la pena de muerte” (p. 129).

El modo de privilegiar las fuentes de información repercute en la construcción periodística de la noticia. El lector llega, en la mayor parte de los casos, a la noticia a partir de la información brindada por la policía. Las hipótesis planteadas por los medios parten de un recurso recurrente: la utilización de fuentes policiales. A veces complementan esta información con fuentes judiciales que no contradicen las primeras. La construcción se vincula directamente con la valoración que producen de la opinión de los diversos actores y esto se refleja en las fuentes citadas y en la relación que el diario construye con las mismas. La voz y el modo en que se utiliza dejan entrever las relaciones de poder que dan lugar a la construcción de la concepción de una ciudad insegura.

Los medios se constituyen como testigos de hechos, son sus “primeros generadores”. Pero los ojos de estos testigos no presenciales, los periodistas, suelen ser los de la propia policía. Paralelamente, los diarios se convierten en actores al asumir una posición de “portavoz del pueblo”. El autor ejemplifica estas dos afirmaciones con un caso emblemático del tratamiento de las noticias policiales: la “Masacre de Ramallo”. En este hecho los periodistas reprodujeron los acontecimientos surgidos en el robo al Banco Nación de aquella ciudad en el año 1999 y reconstruyeron lo sucedido siguiendo conjeturas que con el correr de las horas se derrumbaron con la muerte de los rehenes, la participación de la policía y la complicidad política.

El autor relaciona lo sucedido en Ramallo con la politización durante la campaña electoral que llevaba como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires a Carlos Ruckauf. La misma se basó en la generación de una percepción de inseguridad en la que los medios fueron grandes protagonistas al amplificar la violencia y contribuir al pánico social.

Este escenario le permite sostener que “hay más violencia en los medios que en la calle” (p. 192), y cita datos que exhiben que en la prensa los delitos contra las personas son los de mayor proporción, mientras que los datos producidos por el Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos indican que el porcentaje más importante está ocupado por los delitos contra la propiedad. Los medios alteran el orden y contribuyen a generar miedo ante lo extraño.

Norbert Elias planteó que miedo es una fantasía colectiva y, como tal, constituye una porción de la realidad. A la vez, esta convicción colectiva está fundada en hechos, lo que le confiere una solidez tal que impide

que las percepciones se quiebren con facilidad². Aunque Fernández Pedemonte no recurre directamente a Elias, el desarrollo del libro persigue una idea similar al tratar a las construcciones de sentido como regeneradoras del orden social. Los medios trabajan sobre un discurso en torno de la inseguridad y la violencia que habilita la profundización de prácticas sociales represivas.

Las conclusiones del trabajo retoman una polémica acerca de la posibilidad que poseen los medios de ritualizar las tres funciones que Durkheim señala que tiene el crimen en la sociedad: “*la construcción de la moralidad, la promoción de la cohesión contra el criminal y la imposición del control social que atemoriza a los criminales*” (p. 193). Contraponiéndose a estas teorías, el autor retoma a Gerbner quien plantea que las historias que narran y construyen el crimen cultivan “*una opresiva visión atemorizante del mundo, que es mantenida por el poder policial y en último caso ayuda a mantener el status quo*”³. Los medios producen una representación exagerada de la violencia y amplifican el discurso instigador de soluciones represivas.

En un escenario en el que la reconfiguración social marca transformaciones en un discurso que habilita cada vez más la extensión de prácticas punitivas, el análisis de Fernán-

dez Pedemonte aporta elementos para repensar el vínculo entre discurso y control social. La investigación aparece como una mirada particular sobre el modo en que la prensa actual configura los discursos sobre la violencia.

A pesar de describir el papel de los medios en un contexto poco estudiado, el trabajo es criticable en un sentido: no historiza los conceptos de inseguridad y violencia. Al no desarrollar el origen de las categorías, no avanza en la articulación teórica entre discurso y control social. Pese a esto, a medida que transcurre trabajo se dan indicios de un camino para interpretar y analizar estas temáticas en un escenario en el que el miedo, las políticas de seguridad altamente represivas y el discurso que generan los medios, van de la mano.

La socialización del discurso de la violencia y la inseguridad marcan una solidificación en significantes propios de la profundización de un modo de configuración desigual de las relaciones sociales. En esta línea, las palabras que Fernández Pedemonte elige para desnaturalizar la construcción de las noticias sobre la violencia son una contribución al desafío que plantea la investigación de los dispositivos comunicacionales y los nuevos mecanismos de control social.

² Elias, N. “Problemas de autoconciencia y de la concepción del ser humano”, en *La sociedad de los individuos*, Editorial Limpergraf, 1990.

³ Grabe, M., “Televisión News Magazine Crime Stories: A Functionalist perspectiva”, en *Critical Studies in Mass Communication*, 16, 1999, pp. 155-171.